



Aristóteles  
y  
Dante se  
sumergen  
en las aguas del  
Mundo



DEL PREMIADO AUTOR DE

*ARISTÓTELES Y DANTE DESCUBREN LOS SECRETO DEL UNIVERSO*

CROSS  
BOOKS

BENJAMIN ALIRE SÁENZ

BENJAMIN ALIRE SÁENZ

Aristóteles  
y  
Dante se  
sumergen  
en las aguas del  
Mundo



CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2021  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Aristotle and Dante Dive Into the Waters of the World*  
© del texto: Benjamin Alire Sáenz, 2021  
Publicado por acuerdo con Simon & Schuster Books For Young Readers, un  
sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division  
Derechos reservados  
Traducción: Sonia Verjorvsky  
Adaptación del diseño original de portada de Chloë Foglia / Simon &  
Schuster, Inc.: Planeta Arte & Diseño  
Ilustración del paisaje de portada: © Mark Brabant  
*Lettering* original e ilustraciones del cielo: © Sarah Jane Coleman  
*Lettering* en español: © David López García  
© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.  
© Editorial Planeta S. A., 2022  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: enero de 2022  
ISBN: 978-84-08-25082-1  
Depósito legal: B. 19.241-2021  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# UNO

Y aquí estaba él: Dante, apoyando su cabeza contra mi pecho. En la quietud del alba solo se oía la respiración de Dante. Era como si el universo hubiera dejado de hacer lo que fuera que hacía solo para mirar a los dos chicos que habían descubierto sus secretos.

Mientras sentía el latido del corazón de Dante contra la palma de mi mano, deseé de alguna manera poder meterla hasta el fondo de mi pecho para arrancarme el corazón y mostrárselo a Dante, con todo lo que tenía dentro.

Pero he aquí algo más: el amor no solo tenía que ver con mi corazón; también tenía algo que ver con mi cuerpo. Y mi cuerpo jamás se había sentido tan vivo. Y entonces lo supe, finalmente supe de esa cosa llamada deseo.

# Dos

Detestaba despertarlo, pero ese momento tenía que terminar. No podíamos vivir en la caja de mi furgoneta para siempre. Era tarde, ya era otro día; teníamos que llegar a casa y nuestros padres estarían preocupados. Le besé la cabeza.

—Dante... Dante... Despierta.

—No quiero despertar jamás —susurró.

—Tenemos que irnos a casa.

—Ya estoy en casa. Estoy contigo.

Eso me hizo sonreír. Era tan típico de él decir eso.

—Anda, vámonos. Parece que va a llover. Y tu madre nos va a matar.

Dante se rio.

—No nos va a matar. Solo nos va a lanzar una de sus miradas.

Lo ayudé a levantarse y nos quedamos ahí parados, mirando al cielo.

Me cogió de la mano.

—¿Siempre me amarás?

—Sí.

—¿Y me amaste desde el principio, como te amé yo?

—Sí, creo que sí. Creo que sí lo hice. Es más difícil para

mí, Dante. Tienes que entenderlo. Siempre será más difícil para mí.

—No todo es tan complicado, Ari.

—No todo es tan sencillo como crees.

Él estaba a punto de decir algo, así que lo besé y ya. Para callarlo, creo. Pero también porque me gustaba besarlo.

Sonrió.

—Al fin has descubierto una manera de ganarme en una discusión.

—Sí —respondí.

—Te funcionará un rato —dijo.

—No siempre tenemos que estar de acuerdo.

—Eso sí.

—Me gusta que no seas como yo, Dante. Si lo fueras, no te amaría.

—¿Has dicho que me amas? —Se estaba riendo.

—Ya vale, para.

—¿Ya vale qué? —preguntó. Y luego me besó—. Sabes a lluvia.

—Amo la lluvia más que a nada.

—Lo sé. Quiero ser la lluvia.

—Eres la lluvia, Dante.

Y quería decirle: «Eres la lluvia y eres el desierto y eres la goma de borrar que está haciendo desaparecer la palabra “soledad”». Pero era decir demasiado, y yo siempre sería el tipo que decía muy poco y Dante era el tipo que siempre diría demasiado.

## TRES

No dijimos nada mientras volvíamos a casa.

Dante estaba callado. Tal vez demasiado callado. Él, que siempre estaba tan lleno de palabras, que sabía qué decir y cómo decirlo sin temor. Y luego se me ocurrió que tal vez Dante siempre había tenido miedo... igual que yo. Era como si hubiéramos entrado juntos a una habitación y no supiéramos qué hacer ahí. O tal vez, o tal vez, o tal vez. Simplemente, no podía dejar de pensar en todo. Me pregunté si alguna vez llegaría un momento en el que dejaría de pensar en todo.

Y luego escuché la voz de Dante.

—Quisiera ser mujer.

Me quedé mirándolo.

—¿Qué? Es algo serio querer ser mujer. ¿De verdad querías serlo?

—No. Quiero decir, me gusta ser hombre. Quiero decir, me gusta tener pene.

—A mí también me gusta tener uno.

—Pero, si fuera mujer, nos podríamos casar y, ya sabes...  
—prosiguió.

—Eso nunca pasará.

—Lo sé, Ari.

—No estés triste.

—No lo estaré.

Pero yo sabía que sí estaría triste.

Y luego encendí la radio y Dante comenzó a cantar con Eric Clapton y susurró que tal vez *My Father's Eyes* era su nueva canción favorita.

—«*Waiting for my prince to come*» —susurró. Y sonrió—. ¿Por qué nunca cantas? —me preguntó luego.

—Cantar significa que estás feliz.

—¿No estás feliz?

—Tal vez solo cuando estoy contigo.

Me encantaba cuando decía algo que lo hacía sonreír.

Cuando aparcamos frente a su casa, el sol estaba a punto de mostrarle el rostro al nuevo día. Y justo así lo sentía: como un nuevo día. Pero estaba pensando que tal vez nunca volvería a saber, o a estar seguro, de qué traería el nuevo día. Y para nada quería que Dante supiera que dentro de mí vivía temor, el que fuera, porque podría creer que no lo amaba.

Nunca le mostraría que tenía miedo. Eso fue lo que me dije. Pero sabía que no podría cumplir esa promesa.

—Quiero besarte —dijo.

—Lo sé.

Cerró los ojos.

—Hagamos como que nos besamos.

Sonreí, y luego me reí cuando cerró los ojos.

—Te estás riendo de mí.

—No, para nada. Te estoy besando.

Sonrió y me miró, con los ojos tan llenos de esperanza... Salió de la furgoneta de un salto y cerró la puerta. Luego se asomó por la ventana abierta.

—Veo un anhelo en ti, Aristóteles Mendoza.

—¿Un anhelo?

—Sí. Una añoranza.



—¿Una añoranza?

Se rio.

—Esas palabras viven en ti. Búscalas en el diccionario.

Lo miré con detenimiento mientras subía corriendo por los escalones. Se movía con la gracia del gran nadador que era. No había peso ni preocupación alguna en su paso.

Se dio la vuelta y se despidió con la mano y esa sonrisa suya. Me pregunté si con su sonrisa bastaría.

Dios, haz que baste con su sonrisa.

## CUATRO

Jamás creí que algún día me sentiría tan cansado. Me dejé caer sobre la cama... pero el sueño no tuvo ganas de visitarme.

*Patás* saltó junto a mí y me lamió la cara. Se acercó aún más cuando escuchó la tormenta afuera. Me pregunté qué se inventaría en su cabeza sobre los truenos o si los perros alguna vez pensarían en cosas así. Yo, en cambio, estaba contento de que hubiera truenos. Este año, tormentas tan maravillosas, las tormentas más maravillosas que hubiera conocido jamás. Seguramente me quedé dormido porque, cuando desperté, fuera llovía a cántaros.

Decidí tomar una taza de café. Mi madre estaba sentada frente a la mesa de la cocina, con una taza de café en una mano y una carta en la otra.

—Hola —susurré.

—Hola —dijo ella, con esa típica sonrisa suya en la cara—. Has vuelto tarde.

—O temprano... si lo piensas.

—Para una madre, temprano es tarde.

—¿Estabas preocupada?

—Preocuparme es parte de mi naturaleza.

—Así que eres como la señora Quintana.

—Te sorprendería saber que tenemos muchas cosas en común.

—Sí, las dos creéis que vuestros hijos son los chicos más guapos del mundo. Como que no sales mucho, ¿verdad, mamá?

Se estiró hacia mí y me pasó los dedos por el pelo. Y luego puso esa cara de esperar una explicación.

—Dante y yo nos quedamos dormidos en la caja de la furgoneta. No hicimos... —Me detuve y luego solo me encogí de hombros—. No hicimos nada.

Ella asintió.

—Esto es difícil, ¿verdad?

—Sí —contesté—. ¿Se supone que debe ser difícil, mamá? Volvió a asentir.

—El amor es fácil y es difícil. Así fue para mí y tu padre. Tenía tantas ganas de que me tocara. Y tenía tanto miedo.

Asentí.

—Pero al menos...

—Al menos yo era mujer y él era hombre.

—Ajá.

Me miró como siempre solía mirarme. Y me pregunté si alguna vez podría mirar a alguien así, con una mirada que contenía todo lo bueno que existe en el universo conocido.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué tengo que ser así? ¿Quizá cambie y me empiecen a gustar las chicas, como se supone que debe ser? Quiero decir, tal vez lo que Dante y yo sentimos es como... una fase. O sea, solo siento esto por Dante. Así que ¿y si en realidad no me gustan los chicos... y solo me gusta Dante porque es Dante?

Casi sonrió.

—No te engañes, Ari. No puedes cambiar esto con solo pensarlo.

—¿Cómo es que te tomas esto tan a la ligera, mamá?

—¿A la ligera? Todo menos eso. Me costó mucho trabajo

lo de tu tía Ofelia. Pero la quería. La quería más de lo que he amado a nadie, salvo a ti y a tus hermanas y a tu padre—. Hizo una pausa—. Y a tu hermano.

—¿A mi hermano también?

—Solo porque no hablo de él no quiere decir que no lo tengo en mis pensamientos. Mi amor por él es silencioso. Hay mil cosas viviendo en ese silencio.

Tendría que pensar un poco más en eso. Comenzaba a ver el mundo de modo distinto solo por escucharla a ella. Escuchar su voz era escuchar su amor.

—Supongo que podrías decir que no es la primera vez que salgo a batear —tenía esa mirada feroz y tenaz en el rostro—. Eres mi hijo. Y tu padre y yo hemos decidido que el silencio no es una opción. Mira lo que nos hizo el silencio con respecto a tu hermano... No solo a ti, sino a todos nosotros. No repetiremos el mismo error.

—¿Eso quiere decir que tengo que hablar de todo?

Pude ver cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y oír la suavidad de su voz mientras decía:

—No de todo. Pero no quiero que sientas que estás viviendo en el exilio. Hay un mundo ahí afuera que te hará sentir que no perteneces a este país... O a cualquier otro país. Pero en esta casa, Ari, solo existe pertenecer. Tú nos perteneces. Y nosotros te pertenecemos a ti.

—Pero ¿no está mal ser gay? Todo el mundo parece pensar que sí.

—No todos. Esa es una moralidad barata y mezquina. Tu tía Ofelia cogió las palabras «no pertenezco» y las escribió en su corazón. Tardó mucho tiempo en sacarlas de su cuerpo y desecharlas. Las desechó una a una. Quería saber por qué. Quería cambiar... pero no podía. Conoció a un hombre. Él la amó. ¿Quién no amaría a una mujer como Ofelia? Pero no pudo hacerlo, Ari. Terminó por herirlo, porque jamás podría amarlo como amaba a Franny. Su vida fue una especie de secreto. Y eso es triste, Ari. Tu tía Ofelia era

una persona hermosa. Me enseñó tanto sobre lo que realmente importa.

—¿Qué voy a hacer, mamá?

—¿Sabes qué es un cartógrafo?

—Claro que lo sé. Dante me enseñó esa palabra. Es alguien que crea mapas. Quiero decir, no crean lo que está ahí, simplemente trazan el mapa y, bueno, le muestran a la gente lo que está ahí.

—Pues ahí lo tienes —dijo ella—. Dante y tú tendréis que cartografiar un mundo nuevo.

—Y nos equivocaremos en muchas cosas y tendremos que mantenerlo todo en secreto, ¿no es así?

—Lamento tanto que el mundo sea lo que es. Pero aprenderéis a sobrevivir... Y tendréis que crear un espacio en el que estar seguros y aprender a confiar en las personas correctas. Y encontraréis la felicidad. Incluso ahora, Ari, veo que Dante te hace feliz. Y eso me hace feliz a mí... porque odio verte desdichado. Y Dante y tú nos tenéis a nosotros y a Soledad y a Sam. Tenéis a cuatro personas en vuestro equipo de béisbol.

—Bueno, se necesitan nueve.

Soltó una carcajada.

Tenía tantas ganas de apoyarme en ella y llorar. No porque me avergonzara, sino porque sabía que sería un cartógrafo terrible.

Y luego me oí susurrar.

—Mamá, ¿por qué nadie me dijo que el amor duele tanto?

—Si te lo hubiera dicho, ¿hubiera cambiado algo?